

DE LA ALIENACION DEL FUTBOL A LA EMBRIAGUEZ DE LA NUEVA MUSICA

# MADRID YÉ-YÉ

**P**OR fuera llene el aspecto de una cafetería como hay miles en todo Madrid. Sin embargo, hay algo que la singulariza; algo que también es común a bastantes cafeterías de la capital. Hasta hace pocos años era una tasca dedicada al vino y a los fritos; recientemente, el dueño ha decidido remozarla y cambiarle el aire. Ha echado abajo el tradicional mostrador de zinc y lo ha sustituido por una alargada "barra" de mármol. Ha encajado las paredes y ha construido una "pecera" donde se siguen haciendo fritos. Dentro del local hay unas mesitas y sillas de minúsculo tamaño y en el estrecho espacio que media entre la barra y la pared opuesta hay una sinfonola. En el catálogo abundan los nombres de los "Beatles", los "Rolling Stone"... Pero el público que hay en la cafetería no parece muy a tono con estos ritmos: matrimonios, SIGUE

GUATEQUE:  
REUNION  
PATERNALISTA  
CLUB:  
OTRA NORMA  
DE CONDUCTA



Una explosión de vitalidad. De unos pocos años a esta parte se delinea con una cierta precisión lo que ha dado en llamarse «generación yo-yó». Pero aún es pronto para responder acerca de su sentido positivo o negativo...





**Texto:**  
**JESUS G. DE DUEÑAS**  
**Fotos:**  
**SANCHEZ MARTINEZ**





Estas imágenes, habituales en cualquier publicación gráfica refiriéndose a la juventud europea, han sido tomadas en Madrid, que ha puesto su reloj a la hora ye-yé. Proliferan los clubs, bastantes de ellos promovidos por la iniciativa de los propios muchachos. Una nueva norma de conducta preside estas reuniones de la juventud.

parejas de novios en busca de piso... No hallaremos la explicación de esa sinfonía, de esos ritmos, aquí, en este escenario habitual de cualquier cafetería madrileña. Al fondo del local, una puerta da acceso a una estrecha escalera; bajando por ella se llega a una habitación de unos treinta metros cuadrados. Luces rojas en las paredes; escasas luces rojas. Y unas cuarenta parejas. Muchachos y muchachas muy jóvenes.

Aquí puede empezar nuestro itinerario; tal puede ser nuestro punto de partida en este viaje por el mundo ye-yé madrileño. Porque en este sótano de la cafetería que fue antaño tascó mugrienta se encuentra la más áspere y decisiva contradicción de esta generación que tratamos de examinar: qué tienen que ver con el mundo que les rodea, que les proporciona unos valores entendidos y unas normas de vida que ellos rechazan. Apparentemente, nada tienen que ver. Subir al primer piso de la cafetería y echar una ojeada a las personas acodadas en la barra es comprobar que estamos en otro nivel y que ambos son irreductibles.

### "vivieron demasiado"

¿Qué hacen estos muchachos en los treinta metros cuadrados escasos que ocupa el sótano? Bailar. Y abrazarse. Pero, en definitiva, todo esto forma parte del mismo programa: se trata de un movimiento irracional de ruptura y liberación. Con qué tratan de romper y de qué quieren liberarse es lo que interesa recoger aquí, aunque, naturalmente, no se pretende ni se pueden sobrepasar los limitados cauces de un reportaje, siendo por tanto éste un tema que seguramente habrá de tentar a los estudiosos en sociología.

«Mira, así tenía yo el pelo antes». El que me inter-

pela es un muchacho de unos dieciséis años, de complexión robusta. Me enseña la fotografía. Es de esas de «estudio»: el muchacho, apoyado en una columna de escayola, de pie, con las piernas cruzadas, exhibe una abundante cabellera peinada en melena. El muchacho quiere enseñarme más fotos en las que aparece con el pelo «como



lo tenía antes»; ahora —¡ay!— he tenido que cortárselo por razones que promete contarme más tarde...

Pero no me hables de tu pelo, chico. Hablemos de tu vida. A mí me parece bien que vayas con el pelo largo —¡larguísimo!— si eso te gusta. A mí me parece bien que lleves esa camisa azul pálido de cuello alto y pasadores dorados, esa corbata que bien pudiera parecer de «pura seda» si no fuera porque tú mismo me has aclarado que compraste un popelín en Galerías Preciados y a base de tijera y plancha te fabricaste la flamante corbata. A mí me parece bien ese chaleco que tanto se parece a uno que lanzó el año pasado Pierre Cardin, diseñador de reconocida solvencia. Y a mí me parece bien tu chaqueta entallada casi a la altura de las axilas, de amplio vuelo y redondos bajos; los pantalones cañidos hasta las rodillas y desahogados y amplios por la tobillera... Mira, chico, a mí —como creo haberte dicho— me parece bien todo esto. Péinate como quieras, vístete como quieras, pero explícame por qué lo haces.

«Porque me gusta». ¡Ah, si es por eso! «Claro, me fastidia ir con el pelo corto, como voy ahora; luego te explico por qué me lo he tenido que cortar. Y me fastidia llevar esas chaquetas que se venden por ahí. Mi ropa me la hago yo. Se compra ahí la tela, el tejido en cualquier gran almacén y luego se va a un sastre que ya conoce; y le dice cómo le debe hacer la camisa, el pantalón, el chaleco, la chaqueta...

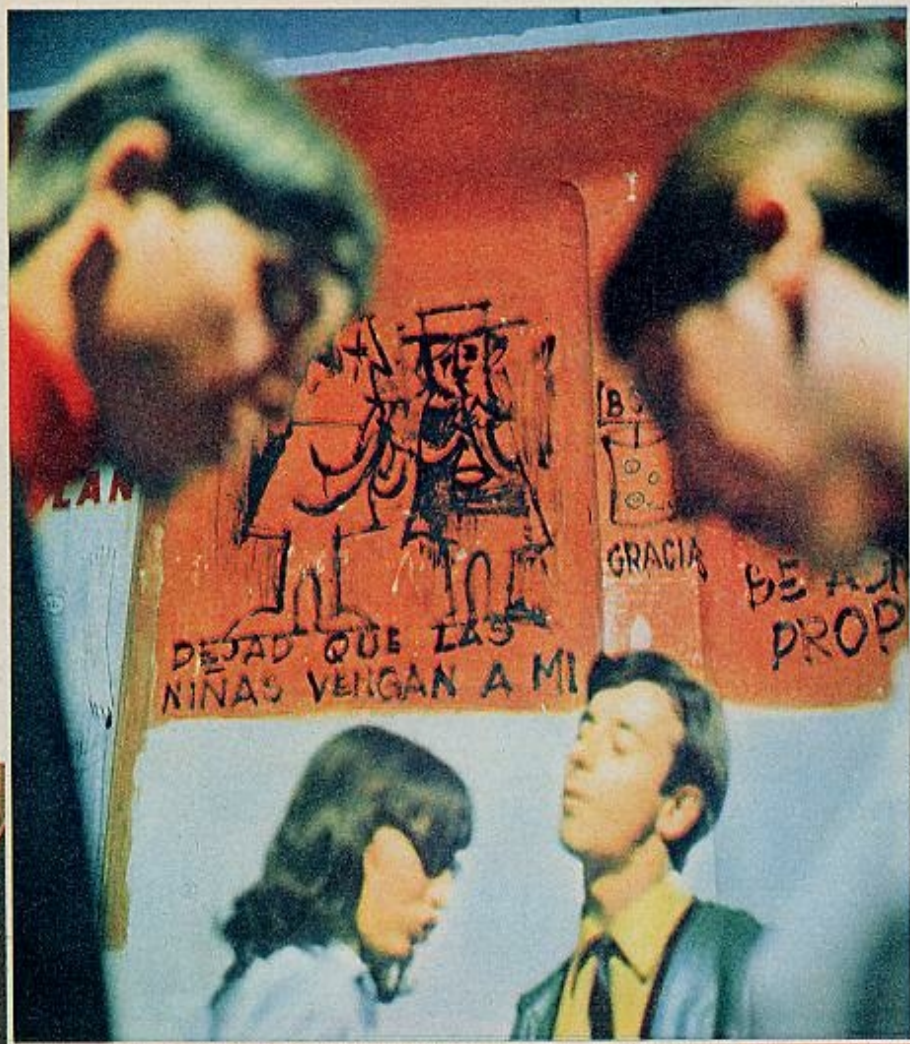
Este chico no es lo que suele entenderse por un «lógico». De repente deja de hablar de moda masculina y empieza a disertar sobre los «rockers» y los «mods». A su manera filósofa. Y me cuenta una anécdota: «Lo he visto en un periódico. Seis o siete golfos mataron a seis o siete viejas —yo creo que exagera— y escribieron en una pared: Habían vivido demasiado». Yo sigo creyendo que exagera, que no eran tantas viejas. **SIGUE**



# MADRID YE-YÉ







Pero vamos a ponernos de acuerdo. Hey una cosa que me ha sorprendido: al contarme esta anécdota se ha referido a sus «colegas» ingleses llamándoles golfos. ¿Por qué? «Pues porque lo son. Esos son todos una «chusma». ¿A qué viene matar a las viejas, por ejemplo?». Yo le digo que en ciertos sectores de opinión se les considera a ellos, a los muchachos como él, golfos también, que apenas los diferencian de los «teddy-boys» o de los «bloussons-noirs». «Eso es un "rollo". ¡Qué sabrán! Mire, nosotros, de matar, nede. No le digo yo que no haya pandas un poco golfas, pero vemos, no hey que exagerara». Y me da nombres de esas pandas un poco golfas que por discreción me cello.

## twist en la plaza del rey

Estos chicos se prestan al diálogo. Hablamos en la barra de la cafetería. Del piso de abajo, del sótano débilmente iluminado con luz roja, suelen subir otros muchachos de aspecto y atuendos similares al que se está franqueando conmigo. Todos responden a mis preguntas. En realidad no se trata de una entrevista formal. Hablamos tranquilamente y contestan con sencillez, sin ningún prejuicio, con una cierta ingenuidad. De repente, mi interlocutor empieza a canturrear esa melodía de

**SIGUE**







Dos signos exteriores definen esta nueva generación: la música y sus atuendos. Estos últimos uniforman a los jóvenes bajo el encasillado de ye-yés. La música sirve de catalizador de todo este movimiento; la música es expresión de sus inquietudes, de sus preocupaciones: es una forma de evasión y un medio de comunicación.







No son golfos, ni pícaros, ni gamberros. O quizá son esto y algo más. O, posiblemente, nada de esto. Quién sabe si constituyen una «nueva clase», una especie de aristocr

los Beatles: «Listen, do you want to know a secret...». Le pregunto dónde ha aprendido inglés. «No, si yo no sé hablar inglés. Pero las canciones sí me las sé».

Sobre la música se han escrito tal cantidad de tópicos que no importa añadir uno más. En el caso que nos ocupa, la música es el elemento catalizador de toda una conducta generacional. La música se ha convertido para estos muchachos en un medio de expresión de sus inquietudes, en una especie de desahogo liberador, en una forma de evasión, al fin. Por supuesto que todo esto se ha dicho ya —y muy justamente— a propósito de la juventud americana, inglesa o francesa. Pero ahora se puede referir con la misma justicia a la española.

Todo empezó, poco más o menos, en la plaza del Rey madrileña, en el teatro circo de Pricé, un domingo por la mañana. De repente pasábamos de un estado de atonía a una explosión de vitalidad. Allí se presentaban conjuntos que empezaban a actuar, que deseaban profesionalizarse cuanto antes. Allí, sobre todo, había una disposición popular para aceptar la música nueva como no había ocurrido nunca. Todo esto sucedía hará unos tres años. Los Festivales del Pricé se sucedieron durante un par de temporadas, hasta que al fin fueron prohibidos por orden superior. «Aquello fue un embarque, ¿sabe? Nos liaron para que armásemos aquel barullo». Aquel barullo fue recogido en la prensa, como recordarán. A la salida de una de estas jornadas dominicales del Pricé, una «turba de gamberros» —como decía un periódico comentando el suceso— se manifestó por las calles, volcó coches y se dirigió a casa de Adolfo Marsillach, que días antes, en un espacio de televisión, había atacado a los jóvenes yeyés.

«Para mí que aquello estuvo "preparado", ¿no le parece?». Qué quieres que te diga, chico: nunca se sabe...

Pero, evidentemente, aquello creó un germen. En primer lugar, surgieron unos programas radiofónicos que difundían la nueva música, que daban paso a los conjuntos recién formados; todo esto permitía manifestarse a lo que puede considerarse adaptación a nuestro país de los «teen-agers» foráneos. El «Hit Parade» Nacional y otras muchas clasificaciones de discos empezaron a propagarse a través de diferentes publicaciones. Los éxitos internacionales llegaban al mercado español casi al mismo tiempo de producirse su conversión en «hits»; mejor dicho, los aficionados españoles conocían la última grabación de los Beatles antes de que ésta se distribuyera aquí. La venta de discos se incrementó considerablemente. En TVE pudieron verse actuaciones personales de figuras características del movimiento yeyé: Johnny Hallyday, Sylvie Vartan...

### aprendiendo a vivir

«Yo quiero sacar el carnet de extra de cine, ¿sabe? ¿Usted no me podría recomendar?». Pues no, la verdad, lo siento. Pero, ¿por qué quieres ser extra? «De alguna forma me tengo que ganar la vida, ¿no?». Yo me estaba preguntando, precisamente, de qué viviría este chico: y ahora me sale con lo de extra de cine... Este podría ser un oficio estable, porque hasta ahora se gana la vida repartiendo sobres, llevando paquetes, faenas transitorias y mal remuneradas. Quizá él sea un caso especial. Huér-

fano, vive con unos tíos suyos; estuvo en un reformatorio y ahora se halla emplazado para ir a un juicio: le acusan de intento de robo. «Por eso me ha cortado el pelo. Así tengo pinta menos golfa, puedo poner cara de bueno delante del juez...». Todo en este muchacho es contradictorio: unas veces rechaza esas acusaciones de golfería, otras, las asume espontáneamente. Pero, como digo, quizá él sea un caso excepcional por sus circunstancias personales. Sin embargo, haciendo abstracción de estos condicionantes inmediatos, su conducta es generalizable. Nos movemos en una zona social imprecisa, justamente porque estos muchachos constituyen una «nueva clase». Pese a su corta edad —casi todos los chicos y chicas que he encontrado difícilmente rebasan los dieciocho años— poseen una independencia que, sin ser aún total, es decir, económica y familiar, lo es mayor que en otras capas sociales más definidas. Porque estos jóvenes yeyés pueden proceder de los más diversos estratos sociales: desde el proletariado —escasos— hasta la burguesía. Pero la diversidad de su origen queda borrada por la uniformidad que impone este movimiento al que se adscriben inconscientemente. Forzosamente, el que procede de una familia ligeramente acomodada, no ha de recurrir con la misma dedicación y casi profesionalización que el de extracción modesta, a expedientes vitales francamente heterodoxos. Un extraño mundo de picaresca y golfería entremezcladas de ingenuidad y vitalidad aflora a partir de la conducta de estos jóvenes, creadores, sin saberlo, de una «nueva clase», quizá de una aristocracia del «lumpens» o, posiblemente, germinadores de un movimiento que tenga alguna ramificación positiva. Todo es posible, ¿eh, chico!





del «lumpen», o, a lo mejor, un movimiento renovador que puede aportar un aire vital a nuestra juventud. Contentémonos con plantear todos estos interrogantes.

«No sé..., pero, ¿usted no conoce a nadie para que yo me pueda hacer extra de cine...?»

## un club en la carbonería

Y, con todo, lo que va dicho no es sino la circunstancia objetiva, los datos condicionantes de una situación que día a día se ha ido delineando con mayor precisión. Por ejemplo, desde hace un cierto tiempo existen una serie de clubs dedicados exclusivamente a la juventud, a esta concreta juventud ye-yé. Pero no quiero referirme a los clubs comercializados, entendiéndolo por éstos a los que pertenecen a una cadena de empresarios y que abordan la cuestión desde un ángulo puramente mercantil, desde fuera, sin entrar en las verdaderas motivaciones de estos jóvenes que se reúnen periódicamente al reclamo de la música ye-yé. No cabe duda que estos clubs «comercializados» han dado a conocer, han proporcionado su primera oportunidad a conjuntos instrumentales que hoy día se han profesionalizado. Pero de esto se hablará en un próximo reportaje.

Interesa dedicar ahora nuestra atención a clubs más modestos, de menor empaque industrial, pero que tienen mucho mayor carácter. Casi todos estos clubs han nacido por iniciativa de los propios jóvenes, que han creado así los lugares idóneos para reunirse. Un garaje, una antigua carbonería, cualquier lugar es bueno para montar el club. En principio, pudiera parecer que se trata de un simple guateque, algo más «adulto»; pero las similitudes acaban aquí. Una nueva norma de conducta preside estas reunio-

nes, que ya no se empujan en el cuadro familiar —como ocurría precisamente con los llamados guateques—, sino que se hallan totalmente despaternalizadas. A su modo, estos jóvenes afirman una personalidad el tiempo que tratan de destruir u ocultar otra. Signos exteriores les delatan y les uniforman: sus atuendos. Los chicos se preocupan más que las muchachas de su forma de vestir. Y, salvo algunos pocos que optan por la extravagancia, la mayoría prefiere una pulcritud y corrección que no excluye la sudicia en el diseño de los trajes, calzados... No hay aquí, como en otros países, tiendas especializadas en suministrar artículos a los jóvenes ye-yés. Son ellos mismos los que tienen que ingeniárselas para encontrar sastres que les hagan lo que quieren. Pero esto ya lo ha explicado el ye-yé que ha tenido que cortarse el pelo...

Contrastemos esta avanzada de la moda propugnada por estos jóvenes con la atonía general que caracteriza en nuestro país la preocupación por la moda masculina. He aquí otro dato para calibrar el empuje de este movimiento, aunque sea aún pronto para estimar el alcance de su influencia en sectores más amplios y aburguesados de la nación.

Esta generación ye-yé se define por una cierta música, por un particular atuendo, pero también por un perceptible sentimiento de ruptura con el mundo exterior, no ya sólo con las generaciones precedentes, sino con el entorno. Sin llegar al grado de radicalismo de otras juventudes extranjeras, la española, la juventud ye-yé, opera al margen de la estructura común, su desenvolvimiento es lateral.

Se puede preguntar —y posiblemente nadie pueda responder por el momento con la suficiente perspectiva—

hasta qué punto puede crear un nuevo estado de opinión este movimiento no expresado como tal racionalmente, no concretado en una corriente coherente, pero que tiene una existencia real aunque algo dispersa. El simple hecho de que al reclamo de la música —una particular y singularísima música— esta juventud reaccione y manifieste una cierta vitalidad, puede resultar positivo. No se olvide que, hasta hace poco, esa capacidad de entusiasmo se reservaba para fenómenos deportivos multitudinarios. Ahora bien, es pronto aún para medir las consecuencias de este movimiento de posible ruptura. Incluso pudiera suceder que, en su germen, contuviera más elementos enajenantes que progresivos.

En cualquier caso, los hechos están ahí y es forzoso señalarlos. España, su juventud, cierta parte de su juventud, ha puesto el reloj a la hora ye-yé. Lo queramos o no. Nos guste o no. Pero no se trata de problemas subjetivos, querer o no querer, sino de aceptar una situación objetiva e interrogarse por su significado. Ahora nos encontramos demasiado dentro de la situación; quizá al cabo de unos años, con la necesaria perspectiva, podrá juzgarse en toda su extensión y alcance la generación ye-yé.

J. G. de D.

En el próximo número:

**EN BUSCA DE UN SONIDO**